



Bendita mi lengua sea. Diario íntimo de Gabriela Mistral

Jaime Quezada

Editorial Planeta/Ariel, Santiago, 2002

290 págs.

«Lo mejor y lo peor que he recibido en mi larga vida está en unos *Cuadernos* que se leerán a mi muerte. Entonces sabrán los míos —de allá adentro— muchas cosas, y entenderán mi ausencia del país.» (pág. 9). Mucho se ha dicho e inventado sobre la vida de Gabriela Mistral. Los diarios locales han dado insidiosa vida a interminables polémicas en torno a su maternidad y sus tendencias sexuales. Estas páginas vienen a cerrar con sutileza esas ociosas bocas.

Jaime Quezada, obstinado y fiel investigador, presenta y deja hablar a la inmensa poetisa, no escudriña en los documentos íntimos de la escritora para darle vuelos y endulzar caprichosamente su imaginación. La deja hablar. Quezada contempla y, como el que verdaderamente entiende, realiza actividad especulativa, de espejo grande y generoso, muestra sin ese empalagoso afán moderno por intervenir. El investigador respetuosamente bendice esa lengua trotamundos de poeta, no la estira forzosamente emponzoñándola.

Estas páginas de la Mistral, para leerlas después de su muerte, son una especie de texto paralelo a su *Poema de Chile*, creación que menciona recurrentemente en sus diarios, dándole distintos nombres, y que nunca llegó a publicar en vida. La poeta era una vagabunda, una errante, y la relación con su patria fue siempre tensa y amarga: «Yo confieso y en pleno, que hay en mí una criatura llagada por demasiadas experiencias vividas con mis compatriotas allá dentro de Chile, y afuera del país también. Una llaga se hace con el resobo, la insistencia, la repetición de los años. Es posible que los chilenos tengan razón en detestar mi errantismo. Pero errante viví allí mismo en Chile» (pág. 192). Sin embargo, Chile era su país, su tierra madre, y nunca dejó de ocupar un lugar central en su corazón.

A lo largo del libro, se recopilan notas, recuerdos, cartas enviadas a diversos personajes que reflejan constantemente su atenta preocupación por los temas nacionales. Y, así como *Poema de Chile* es «un recorrer geográficamente el territorio patrio», como

nos dice el mismo Quezada en el prólogo a ese libro, esta *Bendita mi Lengua Sea* es un andar por la caótica historia política de Chile a principios del siglo XX. A pesar de que la poeta toca otros muchos temas de diversa índole, su relación con la patria —amada y odiada— parece atravesar todos sus escritos biográficos. En *Poema de Chile* nos habla, en perfectos versos octosílabos, de las montañas y del mar: «Mentaste, Gabriela, el Mar/ que no se aprende sin verlo/ y esto de no saber de él/ y oírme sólo en cuento...» (Gabriela Mistral, *Poema de Chile*, Ed. Seix Barral, 1985, p. 54).

En cambio, en su *Diario Íntimo* cuenta sobre los avatares políticos del país en una prosa mundana, aunque nunca desprovista de la maravillosa riqueza del lenguaje de la Mistral: «Yo sé que el centro, hasta hoy, odia al régimen y que el grupo de la Falange (mal nombre pero buenos hechos) es mal mirado por la gente de Aguirre. Pero habría que hacer algún sacrificio antes de que sea tarde. Lo que más falta en la izquierda marxista, es una juventud estudiosa, informada, cauta, sin gritos y sin alcohol totalitario, eso está en la mayoría de la Falange, cuyas ideas sociales no tienen más diferencia con las de los viejos radicales que su sentido cristiano, necesario hoy al mundo más que el pan y el agua. El régimen de Aguirre no ha sido para mí, como para tantos, una escalera por donde subir ni una oportunidad de lograr rentas desatentadas. El régimen para mí, mujer sin partido, es Aguirre Cerda y la suerte de mi pueblo.» (pág. 145).

Esos ojos largos de tristeza, de los que ella desespera tanto —Yo he sido, sin embargo, un espíritu desesperado, amargo y envenenado en su amargura, como en una droga diabólica. Una de mis mudanzas enormes es mi busca de la alegría» (pág. 19)—, abarcan con claridad abismante el mundo que nos precede. Su historia de poeta se sumerge y se eleva sobre la tumultuosa historia del pueblo chileno.

Inteligente hasta el extremo, cultivando «aquellas cínicas grandezas en que yo creo: la virtud y la inteligencia» (pág. 31), supo penetrar en los secretos de los hombres que permanentemente le daban la espalda. Sin embargo, ella con «una firmeza asombrosa bajo mi debilidad de mujer. Como el cristal de roca es fuerte, a pesar de ser cristal, yo lo soy, a pesar de ser mujer» se sobrepuso siempre. Como «paloma y fiera» que sabe «arrullar y rugir», rugió su tarea de maestra por el mundo, arrulló con su poesía a los indios mil veces maltratados de Latinoamérica. La herida amarga del rechazo la acompañó, también a ella, desde su infancia hasta el final y, aunque el pensamiento —como pretendió (pág. 42)— no pudo liberarla de todo, jamás paralizó la lucha por sus semejantes. Es verdad, muchos la rechazaron. Nuestra raza que «juega, a la vez, con el cariño y el odio y resbala del uno al otro en una operación que sudo por entender, sin conseguirlo» (pág. 212), la atacó muchas veces por la espalda. Quizás porque el miope machismo chileno de aquellos años sólo

sabía pegarse como mosca a la miel y Gabriela no era una mujer dulce, porque «en la dulzura una no se da sino levemente» (pág. 49) y ella sólo podía derramarse hasta la última gota. La Mistral no descansó en la celebridad de sus versos ni en su Premio Nobel, sino que trabajó hasta exprimir su debilitada salud por dar a los hombres educación y cultura y por devolver, sobre todo, al pueblo la grandeza y dignidad de sus oficios.

Gabriela afirma en una de sus notas que «para juzgar a una mujer hay que saber cómo reza y cómo ama» (pág. 47). Pocos han ahondado verdaderamente en el espíritu de la poeta, en la profundidad de su obra y su vida, en su clamor de fiel y amante. Casi nadie ha sabido juzgarla. Jaime Quezada, buscador incansable, es uno de los pocos que a través de sus rigurosos estudios ha podido regalarnos a la verdadera e insondable Mistral, como en un espejo.

Alejandra Novoa

Poética del tiempo: ética y estética de la narración

Jorge Peña Vial

Editorial Universitaria, Santiago, 2002

323 págs.

Fruto de profundas y amplias lecturas, además de una acuciosa investigación, el libro «Poética del tiempo: ética y estética de la narración» aborda un tema apasionante, la filosofía de la narración, es decir, la íntima urgencia de convertir la propia vida en un relato coherente, en el cual la existencia unitaria impere sobre la tentación de llevar una vida dispersa o fragmentada, la misma que suele conducir al vacío o a la angustia.

Dividida en tres partes, Peña Vial se refiere en la primera sección a la relación entre temporalidad y narración, dando cuenta de los principales pensadores que han construido una filosofía del relato, destacando en particular a Paul Ricoeur, y resaltando también los aportes de Charles Taylor, Hannah Arendt y Alasdair MacIntyre, entre otros. En la segunda sección, el autor se centra en la clarificación de conceptos como narración, ficción e imaginación. Por último, en la tercera parte Jorge Peña enfoca todo el ámbito de la ética y estética de la narración desde la perspectiva del análisis de las relaciones entre arte y moral, así como de la necesidad de establecer una ética de las ficciones; «Sé silencio y ficción,/ pero ficción sin espíritu de ficción», escribe Pessoa en uno de sus versos.

En el fondo, tras la lectura de este libro, resulta evidente que tanto la comprensión de la propia vida como la estructuración de la identidad personal se configuran de modo narrativo. En este ámbito, por ejemplo, el autor alude a la novelista Karen